

Anales del Instituto de León

ESTUDIO—CULTURA—DIDÁCTICA

SUMARIO

De nuestros Jefes.—*Regionalismo cultural.*—*San Isidoro de León*, por Miguel Bravo.—*Los Priors de la Real Casa de San Marcos de León de la Orden de Caballeros de Santiago*, por Julio Pérez Llamazares.—*Estudios de fonética francesa*, por Tarsicio Seco.—*De mi libro de horas*, por Mariano D. Berrueta.—*El método experimental en la investigación científica*, por José M. Vicente.—*Mi villa*, por José Bálgora.

DE NUESTROS JEFES

*El Ministro de Instrucción
Pública y Bellas Artes*

3 Enero 1919.

Sr. D. Mariano D. Berrueta.

Mi distinguido amigo:

He leído con la mayor complacencia el primer número de los ANALES DEL INSTITUTO DE LEÓN que ha tenido V. la bondad de remitirme con su atenta de 29 del pasado.

Comienzan Vdes. la publicación de los ANALES bajo los auspicios más halagüeños y yo les doy por ello mi parabien deseando que el espíritu que anima su noble empresa no decaiga y que por el contrario se fortifique para bien de ese Instituto y ejemplo de otros.

Me es grato reiterarme suyo afmo. amigo y s. s.

q. e. s. m.,

J. Salvatella.

EL SUBSECRETARIO DE INSTRUCCIÓN
PÚBLICA Y BELLAS ARTES

2 Enero 1919.

Sr. D. Mariano D. Berrueta.

Mi querido amigo y compañero: Doy a V. las más expresivas gracias por la remisión de los ANALES DEL INSTITUTO DE LEÓN, cuyo primer número es una brillante muestra de la labor que se proponen realizar esos compañeros, a los que le ruego envíe en mi nombre cordial saludo, excusando decirle con cuánto gusto estaré a su disposición para cuanto redunde en bien de la enseñanza, a la que unos y otros venimos consagrados.

Disponga de su buen amigo y compañero,

F. López Monís.

Las anteriores alentadoras palabras de los Excmos. señores Ministro y Subsecretario de Instrucción Pública exigen de nosotros una glosa de agradecimiento y una reiteración de nuestro propósito firme de aportar sin reservas nuestro trabajo a la obra de la cultura.

El Sr. Salvatella, ilustre hombre público, que, con altos merecimientos, ocupa muy dignamente el más alto puesto en la dirección de la Instrucción Pública española; y el señor López Monís, gloria del profesorado de Institutos, que por su talento y prestigio ha llegado a la Subsecretaría del Ministerio, se han dignado aprobar nuestra modesta empresa y para nosotros sus palabras son el impulso decisivo y el galardón más preciado.

LA REDACCIÓN.

Regionalismo cultural

Nuestros Museos regionales

Es plan sistemático que se propone realizar a todo trance el Instituto de León, la formación de Museos, de mineralogía, de arte, de cuanto puede contribuir al conocimiento exacto de León y su provincia.

Y es ese nuestro plan porque entendemos con ello prestar un servicio importante a la región en que oficialmente ejercemos la función de la enseñanza y de ésta forma parte integrante cuanto a fines culturales atañe directa o indirectamente.

Ese es nuestro regionalismo, y si tal hicieran en todas las provincias españolas sus centros académicos, acaso no hubiese brotado esa separación espiritual, nacida de desconocimiento mutuo, que agita las pasiones entre los hijos de la madre Patria.

No es menester para el culto lector más amplia explicación del alcance que nuestros proyectos pueden tener; baste decir que vamos con decidida voluntad a presentar en nuestro magnífico edificio—casa solariega de empresas culturales—unos Museos en que la riqueza de la provincia se ostente para mejor ensalzarla; vamos a coleccionar, presentándolas en local adecuado, fotografías de nuestros paisajes, en que esta provincia es acaso entre todas la más rica y variada; fotografías de nuestros monumentos, no sólo de los espléndidos que atesora la ilustre ciudad de León, sino también de los castillos, los monasterios, las obras de arte, aún de las

gloriosas ruinas, que señalan un pasado de grandezas y son ejecutorias de hidalguía para su país; vamos a mostrar en una colección de trajes regionales, típicos, pintorescos, una visión de uno de los aspectos más interesantes de la vida aldeana; vamos a recoger cantares populares, tradiciones y leyendas que marcan el paso de un pueblo a través de la historia literaria.

A cuantos hombres de espiritualidad, de amor patrio, de aficiones a la cultura, de depurado gusto, quieran asociarse a nuestra empresa de regionalismo cultural, les invitamos a trabajar con nosotros.

La empresa es de todos y para todos.

LA REDACCIÓN.



SAN ISIDORO DE LEÓN

El estudio documentado de investigación y crítica arqueológica, de este Monumento Nacional, y del estupendo tesoro artístico, histórico, paleográfico y religioso que durante mil años, se ha ido acumulando en su recinto, al exigir un gran libro y un gran escritor, excedería demasiado de las proporciones convenidas para los trabajos de estos recientes ANALES y, sobre todo, de la prepa-

ración del articulista, simple aficionado a estas materias que, por esta vez, no ha podido declinar el honor de colaborar en la flamante Revista, ni resistir al amistoso requerimiento de su prestigioso Director, el Sr. Berrueta, quien señaló el tema, con feliz acierto en elegirlo, pero con equivocación notoria en designar el ponente. Por lo que se reducirá el asunto a pequeñas proporciones, limitándole a breves notas acerca de la iglesia, panteón, archivo y tesoro, autorizadas con la opinión de sabios arqueólogos y críticos eminentes, ya que el redactor no ostenta más ni mejores títulos, para salir medianamente airoso en este empeño, que los de su ferviente entusiasmo por las glorias leonesas.

La Iglesia

Nuestras viejas crónicas, tan llenas de leyendas, como faltas de crítica, remontan el origen de esta antigua basílica de San Juan Bautista (advocación debida a la reliquia, que en ella se venera, del Santo Precursor) a la época de la aparición del cristianismo en la famosa Legio 7.^a a poco de la destrucción de Sublancia; cuando no, la dan ya por iglesia de autoridad en el siglo VI, por los años de 569 en que suponen celebrado en ella el concilio contra los Arrianos Sacramentarios, del que intentan partir para resolver otro problema histórico lleno de oscuridades al datar el raro privilegio, que con la de Lugo, goza únicamente esta iglesia en España de la exposición permanente de S. D. Majestad, apoyándose en el Cardenal Baronio y en el Doctor Illescas para creer fué respetado el templo por los moros, en el siglo VIII, como respetaron, por devoción al Bautista, el que le estaba dedicado en San Juan de Baños, cerca de Dueñas.

En el siglo IX, reinando Ordoño II, comienza, hacia el 884 la célebre historia—puesta en entredicho por los críticos arabistas—del niño martir Pelayo (dejado en rehenes al Rey de Córdoba por su tío el Obispo de Tuy), lo que dará motivo durante toda la alta edad media a tantas gestiones diplomáticas, embajadas, fundaciones monásticas, busca y trasiego de reliquias, como detallan, con tal sobra de piedad y buena fé, como escasez de crítica y documentación, las crédulas historias y rancios cronicones.

Ordoño II y los Reyes que le sucedieron, trataron de rescatar

el cuerpo del niño mártir, y Sancho el Gordo, en el siglo x, dice-se hizo grandes diligencias para traerle de Córdoba y edificó un Monasterio de San Pelayo, junto a la iglesia de San Juan Bautista, donde el glorioso mártir fuese venerado, lo que se logró en el reinado siguiente de Ramiro III (967-984), gobernando el reino su madre D.^a Teresa y su tía D.^a Elvira; si bien en tiempo de su sucesor, Bernardo II el Gotoso—fines del siglo x—Almanzor destruye, con la ciudad, el recién fundado Monasterio.

Hasta aquí los antecedentes histórico-legendarios—brevisísimamente resumidos—de esta iglesia, de muy difícil comprobación, pues dicho se está que nada subsiste de estas edificaciones, ni dedicaciones, salvo alguna tosca y pequeña cajita de madera, con tapa de corredera, del siglo x, conteniendo reliquias, entre otras, de San Pelayo (1) y si no es, también, la interesantísima pila bautismal para inmersión, de los pies de la iglesia, que los arqueólogos no se atreven a asegurar no sea del siglo x, y en cuyo estudio no podemos entrar, pues sola esta pieza arqueológica, llena de esculturas, epigrafía y ornamentación (adjunto reproducimos su grabado) merece por sí misma un largo artículo.



*
* *

La historia oficial, por decirlo así, del templo que nos ocupa, empieza, ya en el siglo XI, con el restaurador de León Alfonso V el Noble (eternamente memorable en los fastos leoneses, aunque sólo hubiera hecho los *buenos fueros* de 1020) quien renueva el Monasterio de San Pelayo, donde profesan sus hermanas las Infantas Sancha y Teresa, y reedifica, «de ladrillo y barro»—según deponen monumentos epigráficos fehacientes—la iglesia de San Juan Bautista, haciendo en ella regio cementerio para su enterramiento

(1) Encontróse estos años pasados en el ara, al desmontar el altar de la llamada cámara de D.^a Sancha.

y el de otros nueve Reyes y tres infantes de la dinastía leonesa.

Pero de la obra de Alfonso V nada queda absolutamente ni a flor de tierra, ni en los cimientos, y el interés artístico no comienza para los arqueólogos hasta el reinado de su cuñado Fernando I el Magno, siquiera el anterior de Bermudo III (1027-1037) con ser tan breve, acrezca considerablemente la interesante historia de la Colegiata con nuevos enterramientos reales y con la tragedia de los Velas.

Fernando I (1037-1065) derriba la iglesia edificada de lodo y ladrillo por Alfonso V y levanta de nuevo la basílica de San Juan Bautista, toda de piedra desde sus cimientos, consagrándola solemnemente en 21 de Diciembre de 1063 y dedicándola a San Isidoro, cuyo cuerpo, que este año logró traer desde Sevilla, al llegar a la Corte leonesa, al siguiente día de la consagración, por extraño modo, (milagrosamente, reza la crónica) habíase él mismo como querido cobijar bajo las bóvedas de esta iglesia a la que, ya para siempre, glorificará con su nombre.

Muerto este gran Rey, su esposa D.^a Sancha en los dos años que le sobrevive remata la construcción del edificio, según consta de su epitafio.

Mucho tiempo se creyó ser esta iglesia la que actualmente admiramos y casi todos los cronistas así lo han sostenido fundados en el texto de la citada lápida de consagración de 1063, que comienza «Hanc quamcernis...» Esta que ves iglesia de San Juan Bautista, antes de lodo, poco ha la edificaron de piedra el Rey Fernando y la Reina Sancha...

Pero ahora, después de la restauración estos últimos años hecha por el arquitecto Sr. Torbado, con la competencia y probidad artística que todos han ponderado, se ha podido comprobar lo poquísimo que resta de la obra de estos Reyes, excepto el Panteón, que sobradamente acredita su magnificencia.

La iglesia lapídea, a que aluden dedicación y epitafios, fué mucho más pequeña que la actual, de otra planta, estilo y construcción; quedan de ella solamente el hastial del Poniente y tres lienzos del muro donde está la puerta grande hacia el Claustro y el Panteón, de que se hablará después.

Era de tosca sillería, rejuntada con ancha línea de relieve, de tal modo característica, que este sólo dato, si no existieran tantos

otros, bastaría al inteligente para identificar la obra de Fernando I. El Sr. Torbado, además, ha dejado señalado el enlace de las diferentes construcciones con rayas negras que a simple vista orientan al investigador, ahorrándonos ahora prolijas comprobaciones, como la falta de marcas en los sillares, el asiento de las piedras por hiladas iguales, etc., etc.

Por las excavaciones hechas buscando su cimentación, que halló casi completa dicho Arquitecto, así como por los datos que suministra el panteón (que era su pórtico) puerta en el eje del mismo, balcón de D.^a Sancha, en la tribuna o Cámara, óculos de ésta con derrame al interior, sobre las naves laterales y otras exploraciones hechas que no se enumeran en gracia a la brevedad, esta iglesia de 1063, era de tipo asturiano, abovedado, recordando a las de San Miguel de Lino y Valdedios, aunque más alta; tenía tres naves, separadas por muros intermedios de 75 cents. de grueso; la central, de 3'30 de ancho; las laterales, la mitad menos, con bóveda de cañón, hecha de sillarejos, a 12'15 metros del pavimento, de cuyo arranque conserva huellas el muro de los pies: las naves bajas cubriéronse también de igual modo, a 6'80 metros de altura sin que en el muro Norte se acuse tuvieran perpiaños y la cabecera se cerraba con tres capillas rectangulares; de las dos puertas que se conservan, la del claustro muy sencilla, es de arco semicircular muy esbelto, y la del panteón, donde hay un altar por dentro, tiene la dobladura adintelada; las luces eran directas por la nave mayor, sin ventanas en los muros, y la longitud era de 13 metros en la nave mayor y 11'80 las menores.

NOTA. - Estos datos se toman de la planta hecha por el Sr. Torbado, en la que también se acusa un cimiento al mediodía, quizá del pórtico exterior, ya que el narte del pie debió ser siempre Panteón y por abrirse hacia el claustro no sería de acceso al público.

*
*
*

Doña Urraca, la hija de Fernando I, que fué Reina de Zamora, en el último tercio del siglo XI, del 1072 en adelante, no sólo hace cuantiosas donaciones a esta iglesia de San Isidoro y se consagra, como devotísima del Santo Doctor Hispalense a su servicio, sino que, para gloria del arte, acomete la magna empresa (entre otras varias análogas) de construir el templo que hoy estudiamos. A ella se debe primera y principalmente la idea y fabricación de

este gran monumento artístico; «Hec ampliavit ecclesiam istam et multis muneribus ditavit»... dice su epitafio, y así lo comprueba la crítica arqueológica moderna habida cuenta de los grandes arreos de esta célebre Infanta, reedificadora del Monasterio de Eslonza, gran protectora del de Sahagún, y en cuyos días surgen al impulso del arte clunicense francés los más bellos monumentos románicos de Silos, Frómista, Arlanza, la Catedral románica de León, la gigantesca basílica compostelana, las iglesias de Sahagún y San Pedro de las Dueñas.

Esta piadosa Infanta, cuyo entusiasmo por San Isidoro pondera



ra con tal elocuencia su epitafio («et quia beatum Isidorum super omnia diligebat, ejus servitio se subjugavit») *amplió* considerablemente la iglesia de Fernando I, aunque sin desmontarla, haciendo los tres ábsides (1), muros del cruceo y dostramos de naves hasta la primera cornisa, las portadas del Perdón y la principal (aunque sus esculturas parecen más antiguas) (2), todo con la magnífica decoración que está a la vista en arcos y cornisas, ajedrezadas (bil-

lets), variedad de temas en impostas y archivotas, riqueza en capiteles de follages y figuras (llenas de simbolismos) con algunos historiados como el que reza «de sede Mayestatis...» y el de Sansón desquijarrando al león, e igual profusión de figuras, dia-

(1) No hay que decir que el central fué sustituido a principios del XVI por la actual capilla gótica.

(2) Tampoco se necesitará recordar es posterior el feo remate barroco que la agobia.

blos, mónstruos y cogollos en los modillones y canecillos, así como bolas en basas, plintos y mochetas, que con el aparejo de grandes sillares, marcados con letras y flechas, ballestas y cuchillas y otros hacen facilmente reconocible esta obra.

Muerta D.^a Urraca al nacer el siglo XII, deja incierto algo de su plan, pero será D.^a Sancha, la hermana de Alfonso VII, la amiga de San Bernardo y protectora de los cistercienses (otra gran apasionada de San Isidoro), la que de vuelta de su viaje por Italia y Francia, logre rematar la obra y consagrar la iglesia actual solemnemente en 6 de marzo de 1149.

Esta última fase de la construcción—que es la más compleja—corrió a cargo del venerable arquitecto Pedro de Dios Tamben, muerto antes de 1157, cuyo sepulcro consérvase a los pies de la iglesia y de quien hablan además escrituras de esta época de Sahagún y Zamora, donde edificó puentes que llevaron su nombre. Su epitafio declara que «superedificavit ecclesiam hanc», y esta fué su labor, en efecto, todos los altos de la iglesia con sus ventanas, el abovedamiento del cuerpo de la misma, derribando la iglesia de Fernando I y enlazando lo que de ella quedó con la ampliación de D.^a Urraca, cerrando algunas ventanas del muro Sur y la puerta primitiva del Panteón, levantando la torre y reforzando las antiguas pilas, haciendo los pilares cruciformes, añadiendo otras columnas por respaldos, etc., datando de esta época los enormes desplomes y deformaciones en muros y arcos que se notan, por el sistema borgoñón empleado en abovedar la nave mayor, cargando sobre las colaterales los estribos.



La obra de este período reconócese por la sillería menos esmerada de piezas más cortas, marcadas con signos convencionales

las peregrinas joyas de sus relicarios, con los soberbios códices de sus bibliotecas, cuajados de viñetas y miniaturas, no sorprende menos la olvidada historia de esos edificios, que hay que buscar en las personas que les habitaron, historia llena de encantos y que al ser exhumada de los archivos brinda con un tesoro al político, al literato, al artista.

Es muy conocida la historia del monasterio de Sahagún y las extraordinarias atribuciones de sus Abades, ocupándose de ellos de un modo especial los historiadores, y aunque las de los Priors de San Marcos de León no sean inferiores, están casi olvidadas, o acaso son en gran parte desconocidas. Vamos, pues, a exponerlas con la concisión que reclaman los estrechos límites de un artículo.

Desde luego que los Priors de San Marcos no tuvieron siempre las mismas prerrogativas, siendo muy distintas las anteriores a la fundación de la Orden, a las que tuvieron una vez fundada ésta, y aún después de la fundación siguieron el curso de todas las cosas humanas, aumentando y disminuyendo en diversos tiempos como veremos al hacer el catálogo de los Priors y referir los sucesos de su tiempo.

Cuando el monasterio de San Marcos, en la primera mitad del siglo XII, era sólo de Canónigos reglares, lo mismo que otros muchos de aquel tiempo que observaban la regla de San Agustín, entre ellos el de San Marcelo de León, donde profesó o al menos tomó el hábito Santo Martino, ornamento de la Real Colegiata, el Prior de San Marcos era elegido por los Canónigos, y al admitir a su hermandad los Canónigos de Loyo a la nueva Orden una de las condiciones estipuladas fué que el Prior sería elegido por votos de solo los Canónigos, sin que el Maestre pudiera hacer otra cosa que presenciar la elección.

Aunque los Maestres por espacio de cincuenta y nueve años guardaron fielmente esta prerrogativa de los Canónigos, apoyados el 1228 en los Freyles, quisieron arrogarse la facultad de nombrar los Priors, saliendo condenados los Maestres en la causa que a petición de los Canónigos formó el Legado de S. S. Gregorio IX. Otra condenación idéntica sufrieron los Maestres el 1264 y ya no volvió más a suscitarse querrela por el nombramiento de Prior a los Canónigos.

En su principio eran perpetuos, pero su dignidad no alcanzó todo su apogeo hasta mediar el siglo xv en que S. S. Nicolás V les concedió el privilegio de usar insignias episcopales, aunque a poco el Papa Alejandro VI les quitó cierto esplendor convirtiéndoles de perpetuos en trienales.

Usaban los Priors de San Marcos de León hábito idéntico al de los Obispos, mitra, báculo, roquete, pectoral, mantelete y mureta, celebrando misas de Pontifical y con facultades para conferir Órdenes menores; se titulaban en los documentos oficiales «por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Prior del Real Convento de San Marcos de la ciudad de León y su provincia, cuya cabeza es la augusta ciudad de Mérida, Señor de las villas de la Puebla, Villa-Videl, Castro, Santovenia, Alcoba y Grajalejo, del Consejo de su Majestad, etc.» siendo propio suya en ambas jurisdicciones la villa de la Puebla en Extremadura, donde tenía sus palacios, y por eso era conocida con el nombre de Puebla del Prior. Como llevaba el título del Consejo de Su Majestad, siempre que se ofrecía, le escribían los Soberanos, lo mismo que a los demás prelados mayores del reino.

Por Bulas Apostólicas tenían jurisdicción eclesiástica, idéntica a la de los Obispos en sus Diócesis, con territorio conocido y separado, no incluso ni circunscripto en los límites de otro Obispado, inmediato a la Sede Apostólica, siendo sólo inferior a los Obispos en la consagración, conforme a una Bula de S. S. el Papa Clemente VIII, de 3 de Abril de 1596, en la que manda cometer al Prior de León y su oficial (como siempre se habían cometido) todas las dispensaciones de causas matrimoniales.

En los establecimientos del Rey Felipe II, año 1575, se lee: «Notoria cosa sea que el Prior de San Marcos, de nuestra orden, cerca de la ciudad de León, es Prelado de la Provincia que se dice de León, que es sin conocer superior en España Obispo ni Arzobispo, ordinario Pastor inmediato, sujeto al Maestre y al Papa, y todos los vasallos de la Orden en la dicha Provincia son súbditos al Prior».

Tenía dos Provisores en Extremadura, el uno en Mérida y el otro en Llerena, corte que fué de los Maestres y donde tenía además tribunal de la Santa Inquisición, quienes en cuantos edictos despachaban tenían que intitularse «Vicario General y Provisor

por el Prior» para que claramente apareciera cuya era la jurisdicción que ejercitaban.

En cuanto al territorio que formaba su Provincia lo especifica el Rey Felipe II en sus Establecimientos del año 1565 con estas palabras: «Notoria cosa es, que el que es Prior de San Marcos de nuestra Orden, cerca de la ciudad de León, es Prelado de la Provincia que se dice de León, que es en Extremadura, en que hay muchos y buenos pueblos en número de más de noventa, muchos de ellos principales, ciudades y villas grandes, y de gente noble y rica, y pueblos granados, que pasa todo de treinta mil fuegos. De la cual Provincia, sin reconocer superior en España, Obispo, ni Arzobispo, sino sólo al maestro o Administrador y al Papa, es el dicho Prior ordinario Pastor inmediatamente sujeto al dicho Maestro y al Papa».

El memorial del Sr. Barros Salgado señala así los límites de la Provincia: «Tiene esta Provincia grandes gobernaciones, las principales de las dos ciudades de Mérida y Llerena y otras muchas. Vanla rodeando por las partes de Oriente y Mediodía el Arzobispado de Sevilla y el Obispado de Córdoba, y por el Norte y Poniente los Obispados de Badajoz, Plasencia y Coria, cuyos Prelados en tantos años, como se han referido, han reconocido la Diócesis del Prior de León, y no han hecho la menor contradicción, han admitido y pasado sus reverendos y usado de sus requisitorias, por no ser sufragánea, ni incluirse a la decisión del Santo Concilio *Abbatibus...*»

Tenía el Prior de San Marcos además de la Provincia referida sesenta lugares, desde lo primitivo de la Orden, en los territorios de Galicia y León con la misma potestad y jurisdicción.

Y a todos estos lugares hay que añadir otros que estaban en Castilla la Vieja, no sabemos cuántos, y de los cuales hacen mención los Establecimientos, lamentando el abandono en que se encontraban «por estar tan apartado dellos el Convento, y estos lugares les ha de visitar el Prior por sí o por otros, procurando su beneficio como Prelado ordinario y visitador general de la Orden».

En el folio 207 de los Establecimientos de la Orden se lee: «Hay en la Orden de Santiago de la Espada dos Provincias, de Castilla y de León, y aunque en ellas los Priores de Vclés y San Marcos tienen entera jurisdicción y pueden ejercer algunos actos Pontifi-

cales, no pueden administrar la Confirmación y conferir órdenes sacras, por lo que se pidió Obispo de la Orden...»

Fué el primer Obispo titular de la Orden de Santiago D. Diego de Pereda, Prior de San Marcos, 1616.

Tenían el derecho de nombrar la persona que había de ser Obispo de la Orden Su Majestad el Rey, con la limitación de que el agraciado había de ser hijo de la Real Casa de San Marcos de León, de la de Vclés o la de Sevilla, y una vez aceptado el nombramiento, el futuro Obispo otorgaba escritura obligándose a pasar a la Provincia y Diócesis del Priorato de León para administrar el Santo Sacramento de la Confirmación, una vez cada tres años, en la forma dispuesta por los Establecimientos de la Orden, y de ejercer este ministerio y las demás Pontificales con licencia, que se había de pedir y proceder, del Prior que fuese, como Ordinario que era de la Provincia, guardando los demás derechos tocantes a la Dignidad Prioral, y pagándole, para su congrua, cada año trescientos ducados de vellón el Convento de San Marcos.

Terminaremos este artículo con las palabras que el Sr. Barros termina su memorial: «Su Santidad (con consulta y presentación de los Reyes) crea un Obispo de la Orden para que confirme y ordene en los territorios de ella en virtud de los reverendos de dichos Piores de San Marcos y Vclés, por evitar los grandes gastos que se seguían de traer Obispos a tan dilatadas jurisdicciones y territorios, y si los Piores no pudieran dar reverendos escusado fuera el Obispo de la Orden, porque éste no tiene Diócesis, territorio, jurisdicción ni súbdito alguno. Acabaron de convencerse los cortesanos de cuán ventajosa es la Orden de Santiago a las demás, cuando se celebró el Capítulo general de Julio de 1652, que presidió el Rey Felipe IV, en su trono regio, sin Patriarca, sumilleres, ni otros que suelen asistir... en medio de la Capilla de San Jerónimo sólo con los dos Piores a sus lados, e hizo una peroración uno de los Piores, diciendo luego la misa de Pontifical y el otro haciendo oficio de Patriarca, que es conforme al territorio en que se celebra, porque celebrándose el Capítulo en territorio de León preside el Prior de León, y si en el de Vclés el Prior de Vclés... preeminencias y prerrogativas que no goza otro algún Prelado, y que, juntas y consideradas con los hábitos de los religiosos, y lo mucho que pueden dar los Piores, respondió

un cortesano a lo referido, que si así fueran los Priors, en la perpetuidad y consagración, eran estos Prioratos puestos para los segundos y terceros hijos de los mayores príncipes...»

Es de advertir que vacante uno de los dos Prioratos mayores, León y Velés, al Subprior le estaba prohibido por los Establecimientos, hacer colación de beneficios y capellanías, o dar reverendos para Ordenes, en *Sede vacante*.

JULIO PEREZ LLAMAZARES

Abad-Prior de San Isidoro.

(Continuará.)

Las Universidades y los Institutos han acogido
con amable benevolencia nuestra Revista y nos
enaltecen con su valiosísimo apoyo.

ESTUDIOS DE FONÉTICA FRANCESA

Dislocación del acento intensivo en el francés
contemporáneo

(Continuación)

II

LA INTENSIDAD

Fonéticamente considerada, se halla constituida la palabra por una sucesión de sonidos, y éstos se distinguen entre sí no solamente por diferencias de elevación, sino también de intensidad, pues ciertas sílabas o articulaciones emítense más fuertes unas,

más débiles otras, obedeciendo su matización a las mismas causas que ya dejamos apuntadas respecto del tono o acento de elevación.

Son unas *emocionales*, ya que la emoción particular que acompaña a cada frase acusa variantes de intensidad; otras son *lógicas*, pues en una misma frase, en que al parecer no impera emoción alguna, ciertas palabras de mayor importancia revisten mayor intensidad y menor las restantes; y por fin, observamos en muchas lenguas variantes de intensidad que no estriban ni en la emoción ni en el pensamiento expresado, sino que están ligadas a la estructura misma de la lengua en virtud de una tradición hereditaria, fenómeno que pudiéramos llamar *intensidad lingüística* o *histórica* y comunmente designado con el nombre de *acento de intensidad*, *espiratorio*, *fuerte* o *dinámico*. El acento intensivo puede ser más o menos fuerte en distintas lenguas, y así se observa que en francés, por ejemplo, la intensidad relativa de la sílaba acentuada es más débil que en español, en inglés y en alemán.

Según ya dejamos dicho con referencia al tono o acento de elevación, el lugar del acento de intensidad en la palabra puede ser *libre* o *condicionado*. Es, por ejemplo, libre en ruso, pudiendo recaer en una sílaba cualquiera sin obedecer a regla determinada. En otras lenguas, por el contrario, hállase supeditada la posición del acento, ora al número de sílabas, ora a diversas condiciones fonéticas. Así en checo y en húngaro recae el acento invariablemente en la primera sílaba de la palabra; en polonés y en malayo invariablemente en la penúltima; en turco y en mongol, invariablemente en la última.

En todas las lenguas germánicas tiende el acento intensivo a herir la sílaba inicial de la palabra, aun cuando muchas causas han venido a torcer esa tendencia, no siendo posible establecer reglas fijas.

En las lenguas romances lleva generalmente la palabra el acento intensivo en la misma sílaba que el vocablo latino de donde procede. Nótese, sin embargo, que, en el transcurso de la evolución lingüística, habiéndose perdido una de las sílabas siguientes al acento intensivo, ha resultado que, en italiano, español y portugués, por ejemplo, hay:

a) Palabras con el acento en la última sílaba, llamadas *oxítonas*: latín, *voluntatem*; español, *voluntad*; italiano, *volontá*;—latín, *nationem*; español, *nación*; portugués, *nação*.

b) Palabras con el acento en la penúltima sílaba, llamadas *paroxítonas*: latín, *Petrum*; italiano, *Pietro*; español y portugués, *Pedro*;—latín, *pauperem*; italiano, español y portugués, *pobre*.

c) Palabras con el acento en la antepenúltima, llamadas *proparoxítonas*: latín, *ferreum*; *férreo* en las tres lenguas; latín, *felicissimum*; *felicísimo* en italiano y portugués, *felicísimo* en español.

Conforme indica Vicente García de Diego—*Gramática histórica castellana*, pág. 67—«no teniendo originalmente el castellano palabras agudas (puesto que en su evolución fonética no perdió la vocal postónica final), las ha formado por elisión de dicha final, como *bondad* por *bondade*, *amor* por *amore*. El tipo de las palabras castellanas es el de las graves que por eso se llaman regulares: las esdrújulas las ha convertido en graves también por supresión de la vocal postónica, como *ancla* de *áncora*. Excepto algunas pocas esdrújulas con *a* postónica, como *páramo*, *cántaro*, las demás son palabras latinas o griegas modernas, como *místico*, *película*, *geógrafo*. Las sobreesdrújulas no son sino verbos que reciben pronombres enclíticos: los esdrújulos como *amábamos* se hacen sobreesdrújulos con un enclítico, *amábamosle*; los graves, como *manda*, con dos, *máندانoslo*, y los agudos, como *comer*, con tres, *comérsemela*.»

En francés, el modo como se ha llevado a cabo la evolución

emoción rítmicamente expresada; Bécquer dijo a la mujer amada —ilusión en forma de mujer— *poesía eres tú*; bien está, bástenos saber que sin sol o sin poesía no es posible vivir vida de hombre sobre la tierra.

Acaso si no es empresa fácil definir la poesía en cambio es labor bien hacendera saber dónde está la poesía, y más aún sentirla como sentimos la vida sin preguntarnos cuál es el arcano de su esencia.

Sabemos lo que es la poesía en esas horas llenas de encanto y de misterio, en nuestras horas de poeta.

Yo he andado, en noches de luna, las calles de Toledo, calles para el amor y la gentileza, pobladas de sombras, y da recuerdos de historia o de novela, de poema siempre y poema romántico que para mí es el elixir de los poemas.

La silueta gallarda de los pilares blancos de San Juan de los Reyes, con su crestería de filigrana, sus cadenas de esclavos redimidos pendientes del muro y sus reyes de armas eternamente vigilando; las calles con nombres evocadores, las rejas primorosas propicias a los lances de amor y de fortuna, el perfil desafiador del Alcázar, la posada de la Sangre donde escribió Cervantes, la casa del Greco en que pintó el más místico de los pintores que acertó a dejar en el *Entierro del Conde de Orgaz* en la bella iglesia de Santo Tomé los rasgos perennes de una raza, el *Mesón* a que asistía el inmortal Quevedo, el caballero de la musa castellana, el palacio en que Cisneros planeó el mapa de las grandezas españolas, perfume de aventuras y de crueldades, amoríos del rey D. Pedro, bizarra apostura de D.^a María de Pacheco, aquella Catedral donde yace el infortunado D. Alvaro de Luna, la mezquita de los árabes, la sinagoga de los hebreos, toda la leyenda de los siglos arrullada por las ondas del Tajo que lame las murallas y baña los cigarrales que oyeron la voz de nuestros más altos poetas...

La fé de D.^a Isabel I; las aventuras del eterno D. Juan, el inge-

nio fértil de Rojas, la inquietadora tristeza de Teotocópuli, la valentía de Padilla, el arte insuperable de los árabes, la historia más grande de una nación gloriosa en sus épocas heroicas, con sus bravos caballeros pródigos de su sangre y de la ajena, con su poético culto de la mujer y del honor, pasó por Toledo dejando en la ciudad un aroma de poesía que aún se aspira, aquel Toledo que vivió Bécquer con alma soñadora; Toledo en que recogió Zorrilla leyendas inmortales, como aquella en que nos da la emoción de la vieja ciudad y de sus aventuras nocturnas, cuando dice:

«Yace Toledo en el sueño
entre las sombras confusa
y el Tajo a sus pies pasando
con pardas ondas lo arrulla.»
.....

Yo he vivido en la ilustre Salamanca y sé su historia y he dejado en sus calles y en sus rejas el poema de mi vida.

Hay allí una casa de las Muertes llena de arcanos de tradición popular, un palacio soberbiamente artístico erigido para un amor clandestino, un prodigioso alarde del más elegante renacimiento y una plaza pequeña que da frente a la portada plateresca más hermosa de la Universidad cuyo sólo nombre es el mejor heraldo de su gloria.

Mirando a la fachada se alza sombría la estatua de un poeta dulcísimo, el gran Fray Luis de León, que cantó el campo y la vida plácida como Horacio español con voz suave y placentera «cantar sabroso no aprendido», lirismo precursor de la actual tendencia literaria personal y subjetiva cuando decía:

Vivir quiero conmigo
gozar quiero del bien que debo al cielo
.....

y aquella estatua, en la plazuela encantadora, está simbolizando el *Decíamos ayer*, perdón y olvido de una tragedia de calumnias y una odisea de cárcel y persecución.

Aún parece circular por las estrechas callejas de la Catedral la ronda del Estudio encargada de dirimir perpetuas contiendas en una época estudiantil, bulliciosa y alegre, cuando colegiales de todas las naciones, estudiantes de todo país, alternaban el *Digesto* y los Cánones con hazañas amorosas y batallas campales que tenían en jaque al Corregidor y alguaciles y aún al Santo Oficio que en vano luchaba con la gente moza que imponía la ley.

Los grados solemnes, procesionales, lujosos, con juntas y torneos; la vida entera de una ciudad universitaria, llena de poesía y de aventuras dejó en Salamanca el sello imborrable de aquello que decía Ruben:

«Juventud, divino tesoro.»

.....

Yo he pasado ratos deliciosos en una ciudad vieja, en la clásica Palencia, al lado de la verja del convento de Santa Clara, teatro del idilio de Margarita de Tornera; en los castillos en ruinas, testigos de grandezas pretéritas que en silencio saben contarnos famosos hechos de armas, historias de amores desgraciados, hoy aún más bellos por impregnados de aquella *poesía de las ruinas* de que habla Chateaubriand; he pasado la noche de las ánimas en el alto campanario de un pueblo, soñando elegías y misterios, he vivido la vida alegre de una vendimia clásica con sus cuadros de dulces añoranzas, trazados cual ninguno para el amor y la poesía, cuando al atardecer, de vuelta al pueblo, los carros apretados de la rica carga, se inunda el aire de cantares risueños, de risas juveniles, símbolo todo de algo más profundamente bello, porque aquellos racimos henchidos que han de dar el licor que alegra el corazón parecen remembranza de la eterna fecundidad que hace renacer la vida, del eterno aroma y de la dulce embriaguez de los placeres.

Y he aquí que aquellos encantos de las viejas leyendas, de las ciudades muertas, de los recuerdos perennes, de las rejas misteriosas, del amor, de la belleza, de las mujeres de ojos soñadores,

de la misma muerte enigmática, de la noche de ánimas, del campo, de la luz, de la vendimia y de los amaneceres..., con ese otro *romance sin palabras*, como las *Noches* de Musset, con el mundo oculto de los estados de nuestro espíritu, dolores que no se pueden contar, alegrías inefables... todo eso que se vive soñando... todo eso es poesía.

No nos preocupe la definición; baste saber que sin sol o sin poesía no se puede vivir sobre la tierra.

Y quien sabe sentir todo eso y lo expresa bellamente es el poeta, nacido como la luz para dejarnos ver la belleza, como el ruiseñor que en frase de Lamartine:

Así su arpegio melodioso encierra
y por eso nos da gratos consuelos
el rumor más sonoro de la tierra
y el suspiro más dulce de los cielos.

¡El alma del poeta!

Bien dijo Carlyle que es un alma heroica, es decir, con todas las facultades del genio en el más alto grado, para sentir todas las vibraciones de la emoción, para percibir todos los colores de una gama universal.

La antigüedad supo apreciar en su excelso valor la misión augusta del poeta; era el vate, profeta, augur, vidente, ser superior a quien el mundo y el alma sabían contar sus secretos, sagrado intérprete de una belleza incógnita para los mortales a quienes endulzaba la vida con el ritmo.

El solo conocía las tragedias de la mitología, el solo podía narrar los grandes hechos, para él guardaba la belleza sus encantos y el campo sus laureles y la gloria su beso halagador.

El poeta, a su vez, sentía, como dice Anatole France: «el fetichismo de la palabra y del sonido. Prestaba virtudes maravillosas a combinaciones de palabras y hay en el verso más liturgia de lo que se cree. Para un vate encanecido en la poética, forjar versos equivale a cumplir ritos sagrados.»

En el alma del poeta está, por cima de todo, la emoción, como en el *leit motif* de toda poesía late, más hondo que los mares, la pasión, el eterno amor, con todo su real séquito de grandes dolores y de infinitas nostalgias, tenues, sutiles, como nacidas en el alma que, aún etimológicamente, quiere decir soplo o aliento.

«Todos un centro de atracción tenemos
su bajel y sus remos, el pescador,
el cisne el ancho lago,
las águilas las cúspides del monte
y las almas ¡oh amor! tu dulce halago.

cantó Víctor Hugo.

Otelo y Desdémona, Romeo y Julieta, los amantes de Teruel, D. Juan Tenorio y D.^a Inés de Ulloa... es siempre el amor el núcleo de la poesía y quien más altamente siente el amor es el mejor poeta.

Amor real cuando Beatriz existe, o amor ideal y soñador como el de Bécquer a una mujer que nunca vió.

Y del amor, hondamente sentido, nace el gran dolor que ha dado al mundo las más sublimes poesías.

De mis grandes pesares
hago breves canciones»

dijo Heine.

Un espíritu en hipertensión no se crea con el trabajo; un anormal no es un hombre vulgar; nada más cierto ni expresivo que el adagio «el poeta nace, no se hace.»

Campoamor recomendaba a los jóvenes aspirantes a poetas el estudio de la metafísica; Banville el cultivo de los diccionarios; acaso esos consejos sean ironías.

No hay reglas para aprender a ser Gayarre, ni todos los gorrones juntos pueden dar jamás las notas del ruiseñor.

Es el poeta un alma grande y sólo los héroes saben hacer proezas.

Y como su espíritu comprende todos los tonos de la emoción,

nadie como ellos da a la palabra humana más bellos matices.

Todo hombre grande en el fondo es un gran poeta.

Napoleón, el poeta de la guerra, hizo arengas que son fuerte y alta poesía.

«Hay palabras en Napoleón que valen por otras tantas batallas de Austerlitz», dijo Carlyle.

La vida del poeta es, como su alma, un gran misterio.

El Dante, cantor de diez siglos, compendio de la poesía medioeval, acaso el más intenso de los poetas, pasó una existencia atormentada, encarcelado, lejos de su patria, suspirando por un amor desventurado; «¡cuán duro es el camino!» exclamaba tristemente, y agotó en la tremenda descripción del *Inferno* la luz de su espíritu entenebrecido.

Tal era su aspecto trágico que las gentes de Verona decían al verle pasar: «Ese es el hombre que ha estado en el Infierno.»

Sólo un alma heroica, con el lirismo del dolor, puede pintar con colores de Apocalipsis aquella nieve de fuego, lenta, perdurable; aquellas tumbas que jamás se cierran negando el descanso eternamente, aquel fuego obscuro y sobre todo aquel hermosamente grande episodio de Francesca que quiere padecer siempre al lado de su amante sin esperanza de morir.

Y sólo el Dante es capaz del tránsito brusco, ingente, del dolor eterno a la brillante luz del Paraíso para encontrar allí a Beatriz aureolada con rosicler de amaneceres.

Shakespeare, otro santo de la poesía, perseguido por un hidalgo de Stratford como autor de un pequeño robo, abandonó sus bosques amados y comenzó su camino de espinas, pendiente siempre de un prócer protector, como nuestro gran Cervantes del Conde de Lemus; dejando en sus *dramas* la huella de sus dolores.

Pocos poetas han logrado el plácido ambiente que Ovidio pedía para hacer poesía: la soledad y la paz.

Vida de poeta la de nuestro Bécquer, retirado al monasterio de Veruela, amante sin amada, paseando su melancolía por el mundo, sin encontrar alma gemela, haciéndonos llorar en sus rimas dolorosas, como oraciones, y en sus poemas en prosa que son lágrimas cuajadas como perlas de rocío que llora la mañana, con una sensibilidad exquisita y un descuido de la forma que da a la prosa o al verso el tono solemne de una lamentación.

No es para recordada la vida vergonzosa de Heine, de Musset, de Baudelaire, ni son para censuradas en gran parte sus miserias pues que nacen de un desequilibrio espiritual por exceso de sentimiento o de imaginación, víctimas de lo que se ha llamado *enfermedad del infinito*.

Piden la muerte como Lamartine en su *Aislamiento*.

Cuando el bosque sombrío
desprende la hoja mustia, el cierzo frío
la arrebató en sus giros turbulentos.
Del árbol de la vida
yo soy hoja caída
¡lejos del mundo arrebatadme!... ¡oh vientos!

Lamentando la triste vida y el pobre fin de los poetas dijo Taine con honda frase: «No se puede ser poeta impunemente. Quieren saborear la copa de la vida y había veneno en el fondo de la copa.»

Cae el poeta como Icaro entre los trozos de sus alas rotas.

De ese desnivel de facultades nace a veces, es verdad, una poesía macabra, pesimista y enfermiza, pero nace también la más alta poesía que es, a mi entender, la elegía. El poeta elegíaco es el poeta verdadero, el universal, pues canta el dolor que a todos nos aflige, la muerte que a todos nos redime. ¡La muerte! El beso de la boca tumba, que dijo Victor Hugo.

Bastó el rumor de ese beso para que Balart, que jamás había hecho versos, entonase su tierna elegía

Yo te bañé con mi llanto
yo te abrí la obscura caja
y dominando mi espanto
yo te vestí la mortaja:
blanca toca y negro manto...

.....

Y ¿quién podrá marcar límites a la poesía, ni, por tanto, clasificar la gama variadísima de los poetas?

El primer poeta fué siempre el pueblo que gustó de cantar hazañas sobrehumanas de los héroes, y desde ese trovero espontáneo hasta las exquisiteces de Amiel y de Emerson hay todo un inmenso arco iris, paralelo al de los sonidos en que nos conmueve el sollozar de un niño y nos conmueve también la Pastoral de Beethoven.

Estados de alma o cuadros de la naturaleza, tradiciones del pueblo o místicos arrobamientos, dolores sobrehumanos o sencillas escenas del hogar, todo puede despertar en el alma de un poeta canciones inmortales.

Nada está vedado al poeta, que si lo es de verdad, sabrá cantarnos en alto estilo aun los problemas de la ciencia, como el ilustre Echegaray, gloria de España, cuando nos refiere una historia de amores antediluvianos del oxígeno y el carbono, cruelmente separados por el primer rayo de la luz del sol y que al volverse a encontrar en el hogar de la locomotora, se abrazan y confunden y de su reanudado amor brota el fuego que alimenta la caldera y produce el vapor y arrastra el tren con marcha vertiginosa.

Yo creo que la labor del poeta sabio es de ensalzar con entusiasmo por cuanto da a la poesía una base que nunca desaparece: la verdad.

Aun en la misma crítica, la ciencia del rigor y de la sequedad, cabe el poeta.

¿Qué más? ¿No veis cómo llegan los poetas al campo árido de la política? Poetas son esos espléndidos oradores, maestros

del decir, altísimos poetas, que pasan la vida alejados de la realidad cantando en oraciones escultóricas todo lo cantable, conquistando para los pobres mortales reformas a granel, dando píldoras para la felicidad, leyes precedidas de preámbulos líricos, sin enterarse de que la gente no pide más que pan, carne y escuela y algunos piden solamente pan.

Es ocasión de terminar esta meditación.

Y de terminar preguntándonos cuál ha sido, en los siglos de los siglos, nuestro poeta español.

Y es ocasión de decir que si el poeta más excelso no es el que canta mejor, sino el que vive la poesía, el que siente el ideal y lo persigue mientras le dura el aliento, el que tiene un alma heroica, capaz de todo lo grande y de todo lo bueno, el caballero andante de las altas preseas del hombre, el honor, la fé, la gentileza,... si todo eso es el poeta, nuestro tipo representativo del poeta español es aquel glorioso hidalgo manchego que ha llevado en la punta de su lanza el nombre español en todo lo que tiene de grande, de noble, de bien nacido, de amante del ideal, de generoso... ¡de poeta! Y ante ese nombre ha hecho rendir todas las frentes, en todas las naciones, haciendo a todos confesar, según su usanza, que no hay bajo el Sol dama más hermosa que nuestra madre España.

Pasando estamos, desde hace años, días de abatimiento nacional y nada nos conviene como la poesía de los vencidos.

Don Quijote no discurrió otra cosa, después del molimiento de su última derrota, que buscar una pastoral Arcadia y hacerse poeta.

Y dijo a Sancho:

«Nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos.

ra vista pudieran parecer tan sencillos. Así como la piedra filosofal se resistió siempre a brotar de los matraces de los alquimistas, a pesar de los conjuros de los nigromantes, desvanecidos entre los hirvientes vapores de las retortas, del mismo modo se resiste muchas veces la verdad a brotar del experimento, y lo que es más sorprendente, gusta de manifestarse en formas imperceptibles para el experimentador, sobre todo si éste se halla influido por prejuicios sobre el resultado que deben dar sus manipulaciones, o sobre algunas modalidades de este resultado. La historia de las investigaciones científicas está llena de curiosidades verdaderamente notables

Allá por el año 1831, un estudiante suizo, Colladon, se hallaba hondamente preocupado por la resolución de una cuestión tan importante como las influencias recíprocas entre imanes y corrientes, de las que esperaba sacar grandes aplicaciones. Hacía diez años que Ampere había descubierto los electroimanes, echando los cimientos de su portentosa teoría electro-magnética, y el estudiante de Ginebra sospechaba, como otros muchos físicos de su tiempo, que de la misma manera que una corriente eléctrica convierte en un imán, una barra de hierro, invirtiendo los términos, un imán debía también ser capaz de producir una corriente, con lo que sería relativamente fácil disponer de generadores de corriente eléctrica más poderosos que las pilas, únicos manantiales de electricidad dinámica entonces conocidos. La cuestión debía reducirse a preparar convenientemente los elementos necesarios, y abrigando grandes esperanzas, se puso a manipular.

Desgraciadamente Colladon era pobre, y vivía en una modesta casa de huéspedes de Ginebra, donde disponía de una sólo habitación tan modesta como le permitían sus escasos recursos. Animado con la fiebre del entusiasmo, construyó un gran carrito sobre el que devanó muchos metros de alambre cuyos cabos llegaban a un galvanómetro. Faltábale el imán, y con el sacrificio y las privaciones pudo al fin

encontrarlo. Se disponía a trabajar con la potente barra magnética; pero las violentas vueltas de la aguja del galvanómetro le indicaron que era imposible operar en su reducido cuarto. Había que sustraer a la aguja de la influencia del imán. ¿Pero cómo hacerlo? Por fin, un compañero bondadoso, después de cerciorarse de que en ello no había ningún peligro, le dió permiso para que en su cuarto instalara el galvanómetro, bajo la condición de que hiciera las experiencias durante su ausencia, porque el diablo las carga y con la electricidad es peligroso el juego, diría para sí el cuitado huésped, sin sospechar que de su presencia dependía el éxito de la empresa. Lo peor fué que al mismo Colladon le pareció de perlas la ausencia de su compañero, y una vez que hubo instalado su aparato, se puso a operar con febril actividad. Preparó el carrete, llevó los hilos al galvanómetro instalado en el cuarto del vecino, volvió al suyo, introdujo el imán en el hueco del carrete, y voló a observar los movimientos que esperaba en la aguja del galvanómetro. Pero, ¡oh decepcion! la aguja permanecía inmóvil. ¿Cómo podía ser eso? Vuelta a repetir el experimento, a repasar los hilos, a apretar los bornes. ¡Nada! La aguja parecía clavada en el cero del limbo. ¡Adiós ilusiones! Todo aquel mundo de proyectos, que había forjado en su imaginación calenturienta, se había disipado como el humo. El experimento era concluyente. Había colocado el imán de todas las maneras posibles y la sensibilidad del galvanómetro estaba rigurosamente comprobada. Sus presentimientos en materia de inducción le habían engañado.

Tres meses más tarde, la trompeta de la fama lanzaba a los cuatro vientos el nombre de Miguel Faraday por haber descubierto las corrientes inducidas. Colladon fué uno de los primeros en enterarse, y cual no sería su sorpresa al ver que Faraday había dispuesto la experiencia exactamente lo mismo que él.

¿Qué había pasado en el experimento del estudiante de

